

A cien millas del sol.

Prólogo.

Dentro de cinco días culmina el traslado al nuevo hospital. Todos los departamentos y servicios de medicina se están revolviendo por dentro, sacando libros, instrumental, materiales que permanecían sedimentados en estanterías, apilados en esquinas y en mesas.

Al unísono muchas personas se encuentran decidiendo qué trasladar y qué tirar. Es el efecto de la lengua de la ciencia actual que se desliza por internet y arrastra con violencia al glaciar del conocimiento modificando su frente en poco tiempo, dejando el papel publicado como morrenas quietas en el tiempo. También es el efecto de la vida que pasa deprisa, creando matices en las relaciones laborales y sentimientos mezclados con cometidos pasados.

Datos asépticos y técnicos afloran a la vez que viejos o no tan viejos recuerdos de posters presentados a congresos. El gran esfuerzo de tesis doctorales compactado en un tomo de tapa dura y aquella foto de la cena de servicio o de la comida en un congreso que nunca se enmarcó.

El diario.

-Aún no se me ha borrado el recuerdo de cuando llegué a este hospital. Ya he resistido con valentía al primer año de la residencia

y nada más pisar la puerta del que creo que es mi servicio me mandan hacer de "traperos", a valorar qué tendríamos que tirar de todos esos montones de papeles, manuales y.... ¡Mierda!, ¡buen comienzo en esto!". Pensó Daniel nada más recibir la orden de su médico adjunta.

-A ver por dónde empiezo, por estribos donde los tomos son más finos o por babor donde están apilados asimétricos. La verdad es que entre el escribir en el ordenador y estas tareas la residencia administrativa me la voy a sacar con ¡nota!". Esta vez los pensamientos fueron más que murmurados.

-¡Buenos días Danielito!, ¿cómo van las anamnesis?-. Le ironizó su residente mayor". -¡Menos coñas Raquel!-. -¡Oye! es una labor interesante la que te han encomendado, vas poder tener entre manos los papeles del pentágono. Cuídate y si necesitas algo estoy en la consulta doce. Por cierto ¿Te han dicho que clasifiques también los bolis y tires los que no van?-. Tras ese comentario se esfumó con la misma delicadeza que hizo acto de presencia.

Con una mezcla entre una máquina deseosa de espetar numerosas maldiciones por minuto y un ser cauto curioso por encontrar algo relevante entre lo que podría ser un acervo del Servicio, según las palabras de su mayor, Daniel comenzó su cometido sin dar tregua.

Primero separó lo que eran manuales, de los libros. Le dio mucho respeto encontrar un Harrison del año en el que nació él y consideró que no podía condenar a ese señor a la destructora de papeles debido a la fama y categoría que llevaba encima.

En ese momento se paró a pensar si el autor en verdad era señor o señora, sacó el móvil y en menos tiempo de lo que Tesla pudo haber imaginado vislumbró que fue un señor con un nombre complejo, "Tinsley Randolph" y que además los dos nacieron un 18 de Marzo. Esto último le insufló un vientecillo de ánimo.

En cambio, con otros documentos empezó a ir más rápido. Una vez apiladas, abrió las separatas una a una como si fueran moluscos para ver si encontraba algún papel interesante dentro de ellas. -Si encuentras algún billete es mío-. La voz de un adjunto le sacó del trance en el que estaba inmerso. -Si vas así de lento no vas a acabar ni en dos semanas y tú no eres documentalista-. Con esa frase y café en mano también desapareció de la escena.

Saturado ya de letras, gráficas, logos corporativos y dibujos, le tocó abrir unas puertas de un armario en la parte superior del mueble gris "Estrella de la muerte" de la sala de reuniones. Pensó en ello ya que desde su perspectiva, vacío y con ese color, no podía nada más que imaginárselo lleno de naves de la rebelión y del imperio pululándolo, saliendo en persecución.

De repente desconectó la imaginación de manera brusca y voluntaria, volviendo a la realidad. Esto también te lo enseñan en el hospital además del día a día en la vida, como bien había leído en "la casa de Dios" de Samuel Shem. La causa fue que al retirar los tomos que encajaban perfectamente en ese cubículo galáctico le saltó a las manos un cuaderno muy fino y de tapas blandas en negro jaspeado, cóncavo y doblado por esos tomos que lo parapetaban.

Antes de tirarlo al montón de la trituradora decidió abrirlo y observó que estaba escrito con una bella caligrafía. Al hojearlo leyó algunas palabras escritas con mayor tamaño: "adrenalina", "vacío", "Rosa", "Amor", "¿esto es quererla?", "¿qué puedo hacer?", "sus alas" y "a cien millas del sol". El indulto de aquel diario fue instantáneo, igual de rápido que su confinamiento a la cartera de aquel joven médico.

Vacío.

Cuando llegó a casa, lo primero que hizo Daniel fue retirar los trastos de su cama. Vivía en un piso pequeño de alquiler fugaz con miras sólo a los años de residencia.

Calentó en el microondas una porción de pizza y al unísono llenó un vaso de agua, esta vez comió de pie. La curiosidad le saciaba el hambre y no quiso hacer dos cosas simultáneas como estaba acostumbrado, leer y comer.

Una vez inmersos los platos y cubiertos en la pila del fregadero esperando a que alguien los rescatara lavados de aquel agujero, Daniel se echó en su cama y hojeó de nuevo aquel diario.

Se dio cuenta que lo que empezaba siendo una libreta de anotación de fórmulas y dosis terapéuticas intentando seguir un orden alfabético:

“A: Adrenalina intramuscular, dosis 0,2-0,5 mg de una dilución al 1:1.000. Si no hay respuesta, repetir dosis pasados 5 minutos...”, se iba transformando en párrafos con escrito más prosaico.

Fue en la página 20 cuando la arena de la playa se convirtió en mar. Daniel pudo leer lo siguiente:

“Vacío, estoy vacío por dentro. Harto del devenir.

Que paradójico, yo que me he pasado años y años llenándome de conceptos, frases, ideas, ahora me doy cuenta que no tengo nada.

Empecé esto con una idea romántica: curar a las personas. Llegar a tocar con la punta de mis dedos una solución a algunos de los problemas que flagelan al hombre, ser notorio. Pero cada día veo y siento que esto no tiene sentido.

Por no decir de la verdadera formación como médico. Me estoy encontrado el mayor número de injusticias por metro cuadrado. El “más bien caer en gracia que ser gracioso” se aplica constantemente por donde piso. Estoy harto de ver como los que tienen el poder favorecen a los que les entran bien por las entrañas del gusto incluso hundiendo en el fango a gente trabajadora pero no carismática. Es un tipo de caciquismo que me estoy cansando de tolerar.

Luego el tiempo que camina raspándonos como una lija. Nos va desgastando, y depende de la piel lo dura o lo vulnerable que la tengamos, caemos en el camino más tarde o más temprano.

Mueres joven abatido por la fragilidad del cuerpo o si llegas a viejo, acartonado, estás tan dañado por esa lija que tan sólo quieres irte.

Mucho más aun si los actores de tu vida ya se han marchado antes. Eso si tienes la conciencia intacta para poder pensarlo.

Muchas veces pienso que el que falla en esto soy yo. Me miro, no me cuido, he engordado, vuelvo a fumar, se me está cayendo el pelo, no tengo ganas de salir y la que yo creía que me acompañaba en esto de la vida se acaba de marchar hace poco a rodar escenas de amor con otro más carismático que yo. Respiraba por ella y respiro, por ella y por la medicina que para mi pensaba que lo era todo. El haber conseguido lo que he conseguido, la sensación de ser admirado por la gente....

No sé para que escribo estas palabras. Supongo que estoy empezando a trazar mis penas en una tabla de desahogo.

Mañana a seguir, a seguir con la cobardía de no revelarme, de poner una cara de póker que no sé gesticular. Cómo envidio al ignorante. Hay veces que desearía tomarme la pastilla azul de Morfeo.

Daniel se quedó alucinado, petrificado. No supo reaccionar, incluso dudó mucho en si seguir leyendo o cerrar el cuaderno para siempre.

La siguiente reacción fue pensar quién era la persona que había escrito esas palabras. Parecía una letra de trazo masculino, pero pensó que esa característica no es del todo fiable. Era de una caligrafía puntiaguda y urente, como si cada palabra al ser brotada en escritura pinchara al dueño y al lector.

De todos modos, claro está, la curiosidad le pudo a la prudencia y siguió leyendo. Además de sentir que tenía un preciado tesoro, era Viernes sin guardia.

“Ahora que estoy repasando los cálculos de este experimento-trabajito que no creo que vaya a dar nada útil. Pienso que voy a escribir todas las ideas, todos los sentimientos que se me pasen por la cabeza, esto me alivia...”

Ahora voy a parar de escribir ya que tengo tarde de guardia en el hospital de día, llevo bastante ajeteo hoy”.

Como un vampiro sediento tras probar tres gotas de sangre. Daniel siguió leyendo, buscando algo más de vida en estas líneas encontradas.

“Vuelvo a escribir. Hoy me ha pasado algo raro de verdad, algo distinto. Al entrar en la sala de tratamientos del hospital de día cargado con papeles y cajas, habiéndome dejado la cabeza en otro lado o quizás en la habitación anterior, me he tropezado y he caído a los pies, bueno casi encima, de una paciente.

Papeles al vuelo, un desacato. Ella, sentada, me ha cogido y me ha ayudado a levantarme. Le he mirado a los ojos para empezar a pedirle perdón y sus ojos grandes y verdes me han sonreído antes de que lo hicieran sus labios. Se llama Rosa”.

De Vida.

“Llevo tres días, tres tardes seguidas viéndola sentarse en el sillón rojo de tratamientos. Viendo su cara de sufrimiento al inicio de las perfusiones. Viendo como algunas veces se queda dormida, otras lee un libro y otras escucha música con sus cascos. Supongo que siempre habrá estado aquí pero ahora la he integrado en mi escaparate y en mi decorado.

Hay varias cosas mágicas en ella. La primera es su mirada, sus grandes ojos verdes que resaltan más, claro está, por la delgadez de su cara y la supuesta falta de pelo. La segunda magia está en su siempre cara de gratitud y su dulzura al hablar con enfermería y la tercera es que siempre tiene unas palabras para mí”.

“Como deformación profesional y el defectillo que la mayor parte de médicos tenemos, he intentado unir mi primera impresión por ella con su historial médico.

Tiene cuarenta y cinco años pero parece que tenga menos, esa es su cuarta magia. Está padeciendo un cáncer de mama. Fue mastectomizada, del seno izquierdo a los treinta y ocho años y ha recibido también radioterapia. A todo esto se une una cardiopatía congénita supuestamente resuelta antaño. No tiene hijos, bueno, aquí la historia refiere un aborto. Es increíble, después de todo esto yo no estaría para nada”. Es maestra y vive en la ciudad”.

“Llevo ya varias conversaciones con ella. Empezamos rompiendo el hielo recordando nuestro incidente y hemos continuado con cosas triviales que se pueden comentar a un vecino en el ascensor, como el tiempo y otras”.

Es una persona interesante, llena de vida aunque la pierde. Me estoy aficionando a charlar un pequeño rato con ella. Debo de reconocer que busco esta situación y ya no sé si estoy infringiendo el campo de fuerza de la relación médico-paciente pero creo que lo necesito y me parece que ella también. Me estoy haciendo películas...”

“El otro día la vi leyendo el periódico. -¿qué lees?-. Le pregunté. Ella me miró y me dijo: -mira, la NASA ha lanzado una sonda directa al sol para estudiarlo mejor. Creen que va a poder llegar a cien millas de él. ¿Sabes? , estar a cien millas del sol es como la quimioterapia cuando entra por las venas, no sabes si te quemará las alas o si te dará un calor esperanzador que durará por siempre”.

Daniel cerró el diario por un momento y miró hacia la pared preguntándose –¿Quién demonios será este tío?-. Por un momento sonrió, cogió una manta y se la puso por encima. En ese momento se acordó de Bastian en la película de la historia interminable. -Yo siempre soy de películas, pensó. –Vamos a ver cómo sigue esta historia.¿Se casarán o no? Y siguió leyendo con avidez, ajeno al mundo exterior.

Lleno.

“Hace tres meses que acabó su tratamiento, es casi el mismo tiempo que hace que nos vemos fuera del hospital. Quedamos para charlar. Ella es un alivio para mi, tapa mis agujeros con sus palabras. Por eso ahora ella es dueña de lo que escribo en este salvavidas de papel”.

“-¿Estas sola en esta ciudad?-. Le pregunté. -Podríamos decir que sí-. Me contestó.- No sabes cómo de repente la vida te puede dejar solo de un plumazo. Como una ola que deshace en un momento un castillo de arena construido con ilusión y delicadeza en el tiempo, y de repente ¡zas! Eso es más punzante que el día que te diagnostican que tienes un cáncer. Porque si estás acompañada en ese momento, la caída es caída pero con amortiguación. Lloras en alguien, de la otra manera lloras en soledad y duele más. Pero no te preocupes, el ser humano es el animal que mejor se acostumbra a una nueva situación, intentando construir excusas, explicaciones y pretextos”.

“-¿A ti que te preocupa más de mi situación si fuera la tuya?- Me preguntó. -Bueno, el saber que me llega un final y que no he podido dejar huella en el mundo-. Le contesté de manera brutal. -Eso que dices es el síntoma de que formas parte de la sociedad actual tan

nihilista, hipnotizada con la falsa creencia de que pasamos por la vida sin dejar huella sino salimos en la tele o no somos adulados por varios.

Te pasa porque no has leído el Principito con el corazón. A mis niños alumnos siempre les digo que lo lean así. ¿Te acuerdas que tenía una Rosa que cuidar?- En efecto- le contesté. -Era su amor y temía que se marchitara para siempre sin sus cuidados y ella se aprovechaba de ello, ¿no es así?-. Le dije.

Ella abrió sus bellos ojos y me dijo: -el Principito está enamorado de su Rosa, sí, pero él no sabe que el sentido de ser una rosa es nacer rápido y morir pronto. Pero su don es ¡perfumar durante su existencia! Es lo que aprende ese niño con la experiencia. El perfume de su Rosa no le llega al corazón hasta que no se marcha. Entiende que su amor ha sido . Por cierto ¿Tú estás enamorado?-. Se me heló el corazón. Creo que le contesté con el silencio de mi mirada y mi mano en su mano fue mi portavoz”.

“Estoy viviendo su magia. Sus besos, su fragilidad aparente para mi y su fortaleza real apuntalan mis sentimientos

Pero todo esos momentos son para ser escritos en un libro con mejores vestiduras que este corto cuaderno que como una vela se acaba, ella se lo merece”.

“Fue a la luz de la luna, en mi casa. Le preparé una cena romántica. Allí los dos a la luz de las velas, hablando es como recuerdo el mejor momento hasta ahora con ella.

Recuerdo su vestido negro que no me pareció fúnebre sino majestuoso. Verla con su pañuelo en la cabeza, su gran estatura, su delgadez y esa tela negra que se posaba en cada una de sus curvas, incluso en su paisaje anterior de una única montaña. Estaba realmente guapa”.

“-¿Qué canción está sonando Pedro?- Me preguntó.- Bueno, es “Meds” del grupo Placebo. Me gustan mucho. Es el concierto básico que grabaron. -Muy apropiado para mi doctor preferido, es preciosa-. Me dijo. -Pero no quiero a un doctor triste. ¿No tienes algo más alegre para mi y que me impresione?

La verdad es que cogí el siguiente disco sin hacerla esperar. Cual fue mi satisfacción al leer el título de la canción “Una rosa es una rosa” . Nos reímos mucho en el postre, bailamos y nos besamos....”

“Todo paró cuando sonó la canción “Sentía”. Ella me dijo: ¿ves?, este es otro tipo de tristeza, porque enseña. Dice lo que es quererte, darte la libertad. No amamantarte, retenerte y guarecerte. No es cierto lo de “quíete a ti mismo”. Primero encuentra a una persona que te quiera para aprender a quererte a ti mismo y quererte bien. Esa es la verdad. Así das la libertad, te regalan unas alas para volar. Gracias Pedro por el regalo-

En ese momento, comenzó a sonar “Tú”. Ella empezó a desnudarse para mi.

En el dintel de mi balcón cambió el negro de su vestido por el brillante color de la luna.-Hoy no sólo me ves sin ropa, también me ves desnuda-. Dijo susurrándome al oído. Cogió mis manos y exploró con ellas todos los rincones de su piel. Noté su cicatriz. -La radioterapia hace que mi carne se transforme en madera- Me volvió

a susurrar. Pero volvió a aparecer su magia y la noté a ella como nunca había sentido a una mujer, noté sus ganas de vivir. Como un manual de instrucciones juro que cumplimos todo lo que nos dijo la canción al pie de la letra”.

En ese momento Daniel lloró, alguna de esas saludables lágrimas se deslizaron incluso por sus auriculares.

La Carga.

“ El otro día la vi salir de la consulta del cardiólogo en el hospital. Ella no me vio. Por dentro me empezó a entrar un sudor frío ¿Qué me está pasando? Ha sido el mejor mes de mi vida pero ahora viéndola de lejos su magia no puede cubrir la realidad de saber que es una paciente y siempre aparece esa figura de ella en mi. ¿Esto es quererla?, ¿qué puedo hacer?”

Tras dos páginas en blanco llenas de rosas dibujadas a boli, Daniel volvió a poder leer:

“Me he alejado de ella y cada día de este otro mes que ha pasado no ha saciado la necesidad de sentirla al lado. He cometido el error de meterme en el disfraz impermeable médico y no ganar la batalla del qué dirán. Lo tengo decidido, ¡la buscaré mañana!”

En las siguientes líneas Daniel sintió que algo había pasado. La caligrafía era más etérea y fantasmagórica, además de cambiar el color de la tinta de azul a negro. Comenzó de nuevo a leer.

“Todas las frases me han helado la sangre, las escribo en presente para recordar”.

“Aquella tarde sonó el teléfono. -Pedro soy yo, tu amiga está aquí, ha venido a la guardia y está mal, la tenemos en observación. Te llamo por si lo quieres saber-. -Gracias Marc, voy para allí”.

De repente me sentí como si hubiese fallado a mi mayor cometido, a mi cómplice, a mi amiga, a mi amor...”

“Cuando llegué a las puertas de observación, no me atreví a entrar a verla vestido de paisano. Me volví a disfrazar de médico. Vestido de blanco con mis credenciales colgadas sintiendo que pesaban un infinito. Me acerqué a su cama.

Al retirar la cortina para que me viera me encontré con aquella sonrisa desnuda que me regaló aquel día cuando choqué con mi destino en el hospital de día. Recuerdo su magia aún ahora”.

“-Hola Pedro, hace casi tres meses que no nos vemos y mira, ha tenido que ser mi corazón enfermo, no mi corazón roto, quien te ha hecho venir-. -No digas eso Rosa-. Le dije titubeante. -Ha sido un error por mi parte haber echado a correr-.

-No te preocupes Sol, lo entiendo. Ahora es el momento de entender muchas cosas-. -¡Te vas a poner bien!, exclamé, ya verás. Y le cogí la mano”.

“Se quedó dormida y entonces recordé cuando también se quedó dormida conmigo en mi habitación, aquella mágica noche...”

“Fuí a hablar con mi compañero de residencia.-Dime Marc, ¿cómo está?-. -La ha traído el SAMU, había perdido la conciencia. Ya has visto que no está en ritmo sinusal y la vamos a cardiovertir. El problema estriba en que está haciendo una insuficiencia cardíaca. Pero bueno, creo que va a estar controlado. Te aviso cuando estén las troponinas. La ingresaremos en planta-.

En ese momento todas aquellas palabras pasaron ante mi como cuando ves pasar los vagones de un tren a gran velocidad”.

“Pude cambiar la guardia de Oncología del día siguiente para poder estar con ella, pensé que dentro de mi armadura de médico, yo, el caballero del Sol podría proteger a mi doncella del destino armado de intenciones poco amigables. Ese fue mi error”.

Alas

De repente Daniel saltó como si de un chispazo propiciado por el cuaderno se tratara.

Ávido de más historia volvió a bajar la mirada como si fuera una aguja de tocadiscos buscando los siguientes surcos de las palabras de Pedro.-No puede ser que esto se acabe como un odioso apagón-, pensó.

“La jornada del día siguiente fue muy ajetreada, tanto que dejé el ir de visita a la habitación 312 para cuando empezase la guardia al mediodía.

Luego empezó dicha guardia con mucha faena, muchos cometidos. Decidí aplazar la visita a las diecinueve horas, cuando empezaran a repartir las cenas a los pacientes.

Fue a eso de las ocho de la tarde cuando al empezar mi trayectoria hacia la habitación de Rosa, de repente, como una ráfaga de viento que topa de golpe, me crucé con mis compañeros de guardia de plantas.-¡Tenemos una parada en la planta tres!- Dijo mi colega mientras pasaba apresurado rozándome. Una corazonada en forma de un choque desgarrador de un meteorito lleno de pena, impactó en lo más profundo de mi.

Llegué corriendo hasta el control de la sala. Una enfermera mirándome de soslayo comentó:-La parada es la paciente de la 312B- El alma se me cayó a los pies.

Que paradoja. Lo que yo la he conocido por dentro y ahora no era ni un integrante de aquella escena. El caballero con armadura llegó

tarde, ya no podía hacer nada por la princesa. Se le habían caído las alas.

Entré, la vi dormir, no tenía la boca abierta. Juro que era una postura de Bella Durmiente.

Sólo pude cerrarle un poco más los ojos con mis manos en sus párpados. Le di un beso en la frente y salí de la habitación.

Me fui apresurado hasta el final del pasillo y lloré, lloré mucho. Entonces volví a sentir que era libre, como ella me enseñó.

Después de pasar un tiempo que no concebí, decidido volví a la 312 pero allí ya no estaba su cuerpo. Parecía que todo se había esfumado. Sólo se encontraba la vecina de habitación de la cama de al lado escudriñándome con la mirada. -Debes ser tú seguro- me dijo.-Toma Pedro, esto es para ti. Me lo dio ella para que te lo entregara por si la encontrabas dormida.

En un papelito blanco pude leer de su puño y letra:

-Tú siempre has sido mi Sol. Me has dado más de lo que yo te he dado a ti. Mis alas han vuelto a volar.

Te quiero. Quiérete. Gracias”.

“No hubo tanatorio ni velatorio por mi parte. Como una sombra fui a su funeral civil. En aquel lugar pude ver las espaldas de los que pensé que eran su hermano y su sobrina. Aguanté hasta que se

cerró la cortina burdeos ante nosotros mientras la funcionaría leía una letanía profana sin respuestas. Yo no sentía nada, estaba vacío de sangre.”

“Al día siguiente me levanté tarde, era un sábado nublado. Un sentimiento de culpa seguía pegado a mi como una resaca inmune a aspirinas.

La apatía como resultado de lo orgulloso que estaba de haberle fallado reinaba desde mi cabeza hasta los pies. Decidí desayunar en la terraza para ver las nubes que tapaban el cielo. Para darle un tono más cálido al color gris encendí la radio...

Yo no creo en los milagros ni en las coincidencias del destino, pero desde que conocí a Rosa sí que creo en la Magia.

De repente en el dial comenzó a sonar la canción de Mecano que nos hizo encontrarnos aquella noche y a la vez como un ballet efímero, las nubes me comenzaron a mostrar el sol radiante mientras me cantaban “Tú”.

-“Preciosa canción de Mecano que nos ha pedido Armando dedicada a su mujer, con la que abrimos el programa del sábado...”

Fue el primer día en el que mi sonrisa alcanzó la misma curvatura que la de Rosa”. Era ella la que me había regalado sus Alas.”

“He decidido ir a todos los lugares que ella me dijo. He vuelto a leer “El Principito” de nuevo...”

Me suelo sentar en la orilla del mar para escuchar todas las que fueron nuestras canciones. Con el tiempo forman parte ya de mi día a día. Un día de estos voy a intentar conocer a José María Cano...”

“Hace ya un año desde que se fue. A todos mis pacientes les cuento la entereza y el ánimo que Rosa tenía. Siempre siento su libertad...”

“He vuelto a encontrar el amor en otros ojos grandes, esta vez azules, que siempre me han dicho: “ven de la mano conmigo para que seamos libres. Pero esta es otra historia que no se escribe aquí”.

Ahora siento que...”

Aquí acabaron las hojas del cuaderno. -Parece hecho adrede-, pensó Daniel. -Dudo si esto es ficción, pero qué bonito si fuera verdad-. Exclamó tras secarse las lágrimas de los ojos. Se dio cuenta de lo libre que te hace llorar por un sentimiento.

Epílogo

Ya tenía casi todo el despacho limpio y ordenado en cajas. Daniel se encontraba más sereno y conforme. El dilema que le rondaba era si se quedaba con el diario, lo ponía en una de las cajas de los libros del servicio para que quedara allí dormido de nuevo o lo presentaba a alguna editorial o productora de cine...

Absorto no se dio cuenta que tenía a su jefe de servicio al lado diciéndole: -Daniel, te estoy escribiendo cuál va a ser tu cometido de esta semana porque la dichosa impresora no funciona, aunque

estoy tentado de enviarte a que le susurres como Robert Redford a los caballos a ver si a ti te hace caso-.

En ese instante el relieve de esa bella caligrafía puntiaguda, muda hasta entonces por la mecanografía digital lo delató. Daniel lo supo, al mirarle a los ojos lo dijo todo.

Su jefe lo miró y con un porte más calmado y serio le dijo a la vez que se sentaba a su lado.-La Medicina no hay que buscarla, ella te encontró a ti. Pero la Felicidad sí es una búsqueda. Ojalá encuentres a tu Rosa, entonces sabrás lo que es la libertad de alcanzar el sentido de tu vida-.

-Ella me ayudó más que pudo ayudarme nadie en ese momento. Dio sentido a mi vida y escribió en mis renglones vacíos. Volvió a encarrilar mi vagón para que yo la continuara. Nunca la olvidaré.

-El efecto que tienes en la vida de los demás es la moneda más valiosa que hay en el mundo-. Siguió diciendo. -Esto es lo menos que podemos hacer por las personas en las que vemos todavía algo de luz en su interior. En todas las facetas de nuestra vida, tanto dentro como fuera del hospital. Es lo que une nuestra vida con la Medicina. Es nuestra magia. Así que no te descarriles que tu historia tan sólo acaba de comenzar.-¡Anda, vamos a tomar un café!-.

Daniel sonrió mientras le devolvía un cuaderno de tapas blandas en negro jaspeado a su dueño.

FIN.

Dedicado a todas las Rosas y a todos los Pedros.